

El aula universitaria entre la racionalidad libertario-comunicativa del mundo de la vida y la racionalidad colonizante del sistema

Vicente Carrera Álvarez*

Es fundamental reflexionar críticamente sobre el presente y el futuro de la universidad pública, máxime cuando, en nombre de la calidad y del pensamiento eficaz, los conceptos de excelencia académica, administración estratégica, técnicas de información y comunicación, etc., llenan los discursos del sector administrativo universitario y se implementan programas que reducen la perspectiva y los horizontes emancipadores del proceso educativo. Es por ello, que se podría decir que actualmente la universidad es escenario de la lucha de dos diversas racionalidades, en el que triunfa la racionalidad tecnocrática.

En este limitado trabajo abordaré cómo el aula universitaria es parte de una estructura social en la que está instalada permanentemente la asimétrica lucha de dos contrapuestas racionalidades que organizan la vida social. En contraposición, abordaremos qué se podría hacer para invertir tal relación. Reflexionaremos, pues, sobre: 1) La relación asimétrica entre dos racionalidades sociales; 2) El aula universitaria como microgeografía de esa asimétrica relación y 3) Algunas medidas para reivindicar la fuerza de la racionalidad comunicativa.

A lo largo del trabajo aparecerán los aportes de J. Habermas (1998) acerca de la teoría de la acción comunicativa como teoría crítica de la sociedad moderna.

1) LA RELACIÓN ASIMÉTRICA ENTRE DOS RACIONALIDADES

SOCIALES CONTEMPORÁNEAS Y SU INCIDENCIA EN EL SUBSISTEMA EDUCATIVO.

Muchos de los diagnósticos sociales realizados en las primeras década del siglo XX (Adorno, 1998) insistían en la cosificación y correspondiente burocratización del mundo de la vida cotidiana por la influencia perversa de la lógica tecnolozante que comenzó a imperar en el mundo con el denominado capitalismo tardío o capitalismo ligado a la revolución científico-técnica. En palabras de Weber y de Adorno, el mundo administrado con la razón instrumental provocaba pérdida de sentido y de libertad en las conciencias sociales. Pero estos pesimistas diagnósticos unidimensionalizaban la fuerza casi omnipotente del sistema y negaban posibilidad de crítica social por parte de los que estuvieran ligados a la lógica del trabajo enajenante.

De ahí que J. Habermas y otros teóricos críticos consideraran que esos diagnósticos no tomaban en cuenta la "existente" razón comunicativa que atraviesa el mundo de la vida cotidiana y que, por este olvido, no advertían que (a pesar

* Doctor en Sociología, docente del Colegio de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemerita Universidad Autónoma de Puebla.

de los totalitarismos de todo tipo y la complejidad social y técnica que impera en el mundo) sigue en pie la crítica social con nuevos movimientos sociales que complementan a los ya tradicionales movimientos de obreros y campesinos y que en los pueblos de la periferia social se dan múltiples resistencias y propuestas alternativas en contra de la imperante globalización neoliberal. En contra de la premonición de que los movimientos sociales críticos entrarían en parálisis total, se está intensificando la lucha en todos los rincones del imperio mundial, aunque con diferentes banderas y signos ideológicos, pues unos defienden sus peculiares identidades sociales, otros luchan contra el capitalismo explotador y depredador y otros más fusionan ambas perspectivas de lucha.

No es fatalidad sino realidad histórica que la estructuración del sistema que debería servir al mundo de la vida cotidiana se ha vuelto contra ella, pues históricamente desde el interior de las sociedades arcaicas y tradicionales se levantó el campo del sistema como una fuerza organizadora que facilitara la vida cotidiana (entre otros medios, a través de la división social del trabajo que permitió transitar, en palabras de Durkheim, de la sociedad mecánica a la sociedad orgánica o, como otros dirán, de la sociedad comunitaria a la sociedad societal). Pero con el advenimiento de la sociedad moderna, la autonomización funcional de las diversas áreas sistémicas (sobre todo de la economía y de la política estatal) generó un efecto paradójico, pues al desacoplarse la directa relación del mundo de vida y del sistema al servicio de aquélla, se invierte la relación de subordinación y el sistema objetiviza y coloniza al mundo de la vida en vez de procurar su natural desarrollo. Esta objetivización colonizante se da en todos los espacios y tiempos. Pareciera que nada ha escapado de esta inversión. Parafraseando a Foucault, todo se vuelve microfísica o microgeografía sistémica y el mundo de la vida se encoge por tal expansiva colonización.

La nueva teoría crítica de Habermas insiste en afirmar que tanto el sistema como el mundo de la vida son instancias a tener en cuenta en todo crítico análisis social y que no es posible excluir a ninguno de los dos ya que, por más que estén atravesadas por diversas lógicas, son formantes estructurales de la sociedad moderna contemporánea. La del sistema es la lógica de la continua optimización de medios a cualquier costo (la lógica de la acción instrumental), racionalizando, así, la lógica del dominio sobre cosas y personas. La otra, la de la racionalidad del mundo de la vida (la lógica de la acción comunicativa) es una lógica horizontal entre personas que buscan el entendimiento mutuo, los consensos que legitiman saberes colectivos y que estructuran tradiciones e identidades culturales.

Cualquier análisis social que no tenga en cuenta la existencia de ambas racionalidades cae en el unilateralismo, como sucede a los teóricos sistémicos que, por insistir en la fuerza creciente de los sistemas, convierten al mundo de la vida en mero entorno del sistema. Y también en el caso de cierto marxismo que afirma que cuando llegue la historia, tras la prehistoria de la sociedad de clases, se eliminará el sistema.

Frente a la racionalidad del sistema o razón instrumental, la racionalidad comunicativa es factor dinámico de la reproducción de la vida cotidiana en lo tocante a lo cultural, a la integración social y a la socialización, pues gracias a ella, se racionalizan los saberes, se plasma la integración social propia de toda sociedad estable y se logra la autonomía de las personas.

Sin embargo, como vamos diciendo, en la sociedad moderna y, sobre todo, en la sociedad del siglo XX o del capitalismo tardío científico-técnico, esa ra-

cionalidad es invadida por la racionalidad del sistema, penetrándola profundamente sin que llegue a cosificarla, pero sí genera en ella colonización interna, esto es, que sigue viva aunque su uso quede contaminado por la influencia de la comunicación funcional sistémica; derivada, sobre todo, de la concepción monetaria del mercado capitalista y de la concepción coactiva y juridizante del poder estatal. De ahí que sean visibles los perniciosos efectos que genera en la vida cotidiana al trastocar lo que debería ser su directo efecto cotidiano: saberes colectivos racionalizados, fuerte integración social, sólida personalidad en los humanos.

Por el contrario, lo que se genera es detrimento de lo que se tendría que producir: a) en el ámbito de la cultura, pérdida de sentido, inseguridad y perturbación de la identidad colectiva, ruptura de tradiciones; b) en el ámbito de lo societario, se pierden las legitimaciones sociales, se generan profundas anomias y pérdida de motivaciones colectivas, y c) en el ámbito de la personalidad, son abundantes las crisis de orientación social, que se traducen en crisis educativas, profundas alienaciones y abundantes psicopatologías. Éstos son los efectos negativos que advertían en sus diagnósticos los teóricos de principios del siglo XX y muchos de los actuales, sólo que tales teóricos creían y aceptaban la fuerza cuasiomnipotente del sistema que les impedía ver la colonizada racionalidad comunicativa y las múltiples formas que cotidianamente resurgen desde ella para romper dicho dominio negativo.

Esta racionalización sistémica se expresa hoy de manera desatada en el proceso de globalización que impulsa el capitalismo neoliberal y que, desde el subsistema economía, expande en los demás subsistemas su lógica racionalizadora y se proyecta colonizadamente sobre el ámbito del vivir cotidiano.

Podríamos decir que de este desigual y excluyente proceso de globalización (que está en relación directa con un capitalismo neoliberal que exige un Estado mínimo y un nuevo orden mundial), se han derivado políticas públicas en el ámbito de la educación superior que son impulsadas por diversos organismos mundiales: el BM, la OCDE, la UNESCO, el CIDE (Consejo Internacional para el Desarrollo de la Educación), etc. Por ejemplo, a nivel nacional, se están imponiendo las siguientes políticas públicas: a) "El financiamiento es un problema central[...]por lo que, además de disminuir de manera sustancial, se concursa de acuerdo a méritos de las instituciones[...] b)[...] se hace necesario el aseguramiento de la calidad por medio de los procesos de acreditación[...] c) se busquen fuentes alternativas de financiamiento[...] d)[...]no otorgar incrementos directos a los salarios [...]por lo que se crearon mecanismos para otorgar estímulos de manera diferenciada[...] e) se exige a la IES(instituto de educación superior) algunos parámetros de calidad de orden académico[...] "(BUAP, 2005, pp.10-11).

2) EL AULA UNIVERSITARIA COMO MICROGEOGRAFÍA

DE ESTA INVERTIDA RELACIÓN DE RACIONALIDADES

El sistema educativo propio de la modernidad es parte del sistema y la universidad uno de sus ejes, pues busca la formación de profesionales que sean especialistas en alguno de los múltiples campos de servicio que necesita esta funcional sociedad. Proponer mejores programas profesionales, con mejores medios educativos y en un ámbito de mejor organización parece ser algo lógico de exigir hoy a toda universidad que se precie de estar a la altura de los tiempos: excelencia académica universitaria, nuevas tecnologías educativas para el futuro

profesional, planeación estratégica en la universidad, calidad total en el nivel profesional, etcétera, son lemas publicitarios que aluden a esta obligada racionalización del campo universitario, que obliga a todos los que componen la comunidad universitaria a ajustar sus tiempos y movimientos en esa “natural dirección” (Mardones, 1997).

Pero en nuestras sociedades contemporáneas, el aula universitaria está atravesada por la relación asimétrica de dos racionalidades, relación que, a menudo, en vez de ser liberadora es colonizante y, por ello, opuesta a todo genuino horizonte educador. El docente universitario tiene que ser consciente de esta relación y también consciente de que, en mucho, de él depende qué racionalidad predomine.

Al obligarse a más especialización en el área de su competencia y a más profesionalización, la práctica del docente universitario (Carrera, 1999) queda inserta en esta dinámica racionalizadora, procurando día tras día que su quehacer educativo facilite el egreso de profesionales funcionales, aunque con ello contribuya a que la racionalidad comunicativa quede en evidente subordinación ya que se obvia el tiempo de los consensos, de las legitimaciones, de las decisiones y valoraciones compartidas, de las deliberaciones asumidas, de los conocimientos validados, de las historias personales, de las narraciones de cada quien, de la solidaria integración social, de la protesta crítica del cotidiano vivir, en fin, de diversas resistencias que desde el aula son posibilitadas por la fuerza de la razón comunicativa, en una palabra, de esa comunidad de comunicación que fortalece la vida.

De esta suerte, la nueva práctica docente debería empeñarse en el egreso de competentes profesionales (Zabalza, 2003) que rompan con la subordinación de la razón comunicativa a las exigencias instrumentales de la razón sistémica. Pero la actual competencia docente está colaborando a que quede trunco el horizonte educativo, pues el objetivo del nivel superior debería conformar profesionales que, con suficiente autonomía moral, puedan decir “no” cuando se presenten situaciones injustas o indebidas. Y es que, a la luz del lema de la BUAP, “Pensar bien para vivir mejor”, podríamos decir que formar profesionales que tengan la autonomía moral suficiente para gritar su “no” cuando se presenten situaciones sociales injustas e indebidas parece ser el objetivo central de la educación de nivel superior; esto es, que la universidad logre formar especialistas en determinadas profesiones, pero sin que se pierda de vista el horizonte de la formación de hombres y mujeres que, desde su fuero interno y en abierta solidaridad con los demás, tengan la fuerza crítico-creativa de la autonomía humana.

Para ello se requiere una práctica docente congruente con esta mirada bipolar, pues, sin que sea exclusiva, el aula universitaria es el lugar privilegiado de interacción educativa y la práctica docente universitaria en un ingrediente obligado de esa experiencia especializada.

3) MEDIDAS REIVINDICADORAS DEL POTENCIAL

CRÍTICO-EMANCIPATIVO DE LA RACIONALIDAD COMUNICATIVA

¿Cómo contrarrestar la colonización del mundo de la vida? ¿De qué manera resistir al embate comunicativo funcional del sistema, por dónde hay salida emancipativa al interior de un aula universitaria que profesionaliza con más y más racionalización? No hay receta, aunque la clave estaría, al decir de

Habermas, en dinamizar el poder comunicativo, que fortalezca los entendimientos, potencie expectativa crítica y vaya en línea contraria al poder como coacción. Y es que “los ciudadanos sólo pueden hacer uso apropiado de su autonomía pública si son suficientemente independientes en virtud de una autonomía privada asegurada de manera homogénea, pero, a la vez, sólo pueden lograr una regulación susceptible de consenso de su autonomía privada si en cuanto ciudadanos pueden hacer uso apropiado de su autonomía política” (Habermas, 1999: 255). Esa autonomía tiene relación directa con el uso del poder comunicativo (Carrera, 2004), poder conjunto que consensa en dirección opuesta al poder político estatal y al dinero capitalista, que son los que disgregan grupos, individualizan posesivamente y fomentan la competencia mercantil, fetichizando y coaccionando la vida. Como un ejemplo más del efecto de políticas públicas coaccionantes, en algunas universidades la implantación del sistema de créditos ha generado un individualismo posesivo meritocrático, uno de los males derivados de la implantación de una flexibilización curricular de años mínimos y máximos para el egreso.

De ahí que, como un modo creativo que reivindique el poder comunicativo en el espacio escolar y, con más propiedad, en el espacio universitario, no basta la buena voluntad sino que es necesario, entre otras acciones, convertir al aula universitaria en una pequeña comunidad deliberativa en donde el “nosotros” sea una constante y en donde la crítica con argumentaciones esté por encima de intereses personales tanto del maestro como de los alumnos. Esta práctica sólo opera en un clima de libertad y de igualdad y en abierta relación con la opresiva y cotidiana vida social. Con todo ello, el docente se obliga a repartir el tiempo áulico y a impedir que sea casi monopolizado magisterialmente, exige cruzar los estandarizados contenidos curriculares con los saberes espontáneos, refuerza las normas legitimadas colectivamente, toma tiempo para que puedan narrarse las propias vidas y escribirse la historia del grupo (aunque éste, por la imposición del sistema de créditos, sea un grupo que se disuelve constantemente). El aula universitaria tendría que fortalecer el trabajo de equipo, contribuir a que los alumnos se percaten de cómo se es parte estructural de una sociedad de clases en permanente conflicto y de cómo se colabora de manera directa o indirecta en la perpetuación de la actual sociedad capitalista o en la construcción de altermundismos.

En general, el aula universitaria, y en ella de manera especial el docente universitario, tiene que demostrar con su práctica docente (de manera práctica) que la formación del futuro profesional no está exclusivizada por los dominios y competencias de la profesión escogida, sino que su ser se conforma profundamente en la abierta solidaridad humana y en un horizonte de felicidad que a menudo tiene que gritar compasivamente “no”, porque existe un mundo injusto y antilibertario del que somos habitualmente cómplices.

Parafraseando la tesis principal de la teoría de la acción comunicativa de J. Habermas, diremos que si no convertimos el aula en una pequeña “sociedad civil” que construya sus opiniones públicas en crítica constante a la ley del mercado y a toda fuerza autoritaria, no es un aula universitaria de una democracia deliberativa. Un modo muy concreto de esta actitud de defensa del mundo de la vida contra el imperio del sistema sería si el docente adoptara didácticas problematizadoras como estrategia didáctica general para sus sesiones de clase, pues fomentaría en mucho el poder comunicativo y, por supuesto, éste sería

altamente fomentado si toda la comunidad universitaria se convirtiera en una *sui generis* sociedad civil. Debatir en los diversos espacios universitarios es un modo de acción para la reconstrucción de la sociedad civil.

B I B L I O G R A F Í A

- Adorno, T. y Max Horkheimer. *La dialéctica de la ilustración*. Madrid: Trotta, 1998, 300 pp.
- BUAP. *Fundamento del modelo académico-educativo Minerva. Documento de trabajo*. Consejo de docencia 2004/2008, 2005, pp.36.
- Carrera, V., "La revolución docente y los aportes de la teoría crítica de la acción comunicativa," *Magistralis*, núm. 17. UIA-Puebla, 1999, pp. 9-15.
- , *El poder comunicativo del sujeto democrático deliberativo*. Tesis de doctorado: ICSyH, BUAP, 2005, 378 pp.
- Colom, A. *Después de la modernidad. Nuevas filosofía de la educación*. B. Aires: Paidós, 1994.
- Habermas, Jürgen, *La inclusión del otro. Estudios de teoría política*. Madrid: Paidós, 1999, 258 pp.
- , *Facticidad y validez*. Madrid: Trotta, 1992, 689 pp.
- Mardones, J.M., *Desafíos para recrear la escuela*. Madrid: PPC, 1997, 157 pp.
- Zabalza, M., *Competencias docentes del profesorado universitario. Calidad y desarrollo profesional*. Madrid: Narcea, 2003, 253 pp.